

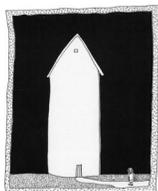
*Mañanas*

*En la mañana azul, al despertar, sentía  
el canto de las olas como una melodía  
y luego el soplo denso, perfumado del mar,*

*y lo que él me dijera aun en mi alma persiste;  
mi padre era callado y mi madre era triste  
y la alegría nadie me la supo enseñar....*

*Abraham Valdelomar*

Soy



Soy María Fernanda de los Altos Muñoz, para servirles. Pueden decirme Marifer, así me llaman los que de veras me quieren. Nací en el Puerto de Santa María de los Altos, no muy lejos de la capital, por eso me llamo María Fernanda de los Altos y todavía huelo a mar. Cuentan que nací la madrugada de un viernes frío a finales de otoño, cuando la luna aún no se decidía a retirarse; ese día, por algún motivo, el sol tampoco salió. También dicen que al verme tan flaquita y feíta, la luna se olvidó de su menguante y se escondió. Sin luna y sin sol, por una semana y más, los amaneceres que siguieron fueron los más oscuros de la historia de esta nación. Para colmo, por esos días, una espesa neblina cubrió cerros y tejados y el cielo se mantuvo vestido de luto, para nada se aclaró. Los astrólogos no encontraron explicación científica alguna: es sólo una coincidencia que esto pasara la mañana en que nació María Fernanda, decía mi abuelo. Felizmente, mi fealdad a mi madre no le importó y me quiso igual.

Para recompensar el diseño de la naturaleza, la Divina Providencia se esmeró en proveerme de un maremoto por dentro, una sensibilidad de artista y muchas ganas de vivir. Después, poquito a poco, la naturaleza misma se encargó de embellecerme a su manera: me dio un pelo como el de los camellos, manchado de sol y tierra, una piel tostada natural que iba muy bien con el manchón de luz clara que tenía en mi cabeza, y mis ojos eran como dos grandes almendras sin pelar.

No éramos ni ricos ni pobres. Mi único recuerdo del puerto era el de cómo rechinaban las tablas de madera en el ir y venir de mi madre en la vieja casa de playa. También recuerdo el salpicón de ola que azotaba las ventanas cada amanecer, y los aires de mar que acumulaban la arena en ordenados montículos, los cuales quedaban abandonados en la terraza hasta que yo los pisoteaba después del desayuno.

¿Mi padre? ¡No sé a qué mundo raro escapó! Nunca lo conocí. Nos dejó cuando mi madre quedó esperando a los mellizos. Yo tenía tan sólo dos años y medio, así que no me recuerdo para nada de él. He visto fotos de un apuesto caballero de piel morena, pelo lacio, bien engominado y peinado hacia atrás, de facciones finas, nariz alargada y bigotes oscuros; no me luce como alguien capaz de abandonar a su familia. Mi abuelo Alejandro dice que es un irresponsable, que no pudo afrontar una pequeña oleada en su tumultuoso mar de problemas y decidió irse para siempre,

pero esto tampoco lo creo. Yo pienso que algún día regresará y por eso lo espero.

—Ven, por favor, papito... —pido yo cada noche, hablándole por gusto a una diminuta fotografía que ni recuerdos me trae.

Por ahora, lo único que sé es que mis abuelitos y mi tía Rebeca nos acogieron a mi madre y a mí, con abundante cariño y sin hacer muchas preguntas. Cambiaron mi apellido en el Registro Civil: quitaron el de mi padre y me dejaron el nombre del puerto, porque se recordaron de esa tradición de llamar a la gente según el lugar de nacimiento; así olvidaron para siempre al desertor. Mi madre, que en paz y cariño descansa, duró poco. Se le complicó el parto y sólo me quedó Daniel: el mellizo que no se murió.

No duramos mucho en el vejestorio junto al mar ya que, por una buena jugada del destino, mi abuelo materno, don Alejandro Muñoz Gordillo, heredó una gran fortuna destinada a los dos hermanos Muñoz. Así fue como mi abuelito, que era contador, dejó de contar y se dedicó de lleno a la lectura. Mi tía Rebeca, que cosía para ayudarse un poquito, dejó de coser por obligación, pero siguió con el oficio por placer y para mantener las manos y la mente ocupada, y “no tentar al demonio”, como decía ella. Mi abuelita, Tomasita Palacios de Muñoz, dejó de llorar, por un tiempo al menos. Se secó sus lágrimas y se interesó nuevamente por su familia, endulzando nuestras mañanas

con sus famosas mermeladas que ella misma confeccionaba con frutas frescas y azúcar por montón. Fue entonces cuando nos mudamos todos a Mendiburo, un barrio “bueno” de la capital donde, en una casona señorial, transcurrieron los años más felices de mi vida.

